

COMO LA ARMADA PERDIO
LA OPORTUNIDAD DE
HACERSE DE UNA
FRAGATA CANADIENSE,
SIN QUE LE COSTARA
UN DOLAR

Por

Fernando HERRERA Maldonado
Capitán de navío (R)

El caso ocurrió hace veintisiete años y quienes sobreviven al hecho en el cual intervinieron involuntariamente pueden dar fe de su veracidad.

Cuando en 1946 el BMS "Araucano" y tres fragatas adquiridas ese año a Canadá se hallaban atracadas al muelle 42 de Nueva York, en espera del término del alistamiento de la fragata "Iquique" para zarpar a Chile, fui llamado en un día cualquiera de junio del mentado año a presencia del jefe de la división, comodoro don Danilo Bassi Galleguillos. En su cámara me presentó a un señor bajito, algo entrado en carnes, sobriamente vestido, quien francamente, a primera vista, era una persona normal, que no revestía apariencia de ser importante.

Le fui presentado como el ingeniero de la división y el comodoro me dijo:

—Capitán, el señor López desea obtener algunas informaciones sobre las fragatas.

Este caballero sacó una billetera de esas antiguas y muy gruesa. Extrajo de ella unos recortes de diarios y me manifestó, en un castellano muy claro y familiar:

—Mire, capitán, yo quiero mucho a Francia y vea lo que pasa allá después de esta guerra: un terno usado vale esto y me mostraba su valor en francos; un par de zapatos de segunda o tercera mano cuesta esto otro, etc. Sé que Ud. conoce bien las fragatas y quisiera saber detalles sobre ellas porque son mis intenciones adquirir una en Canadá, llenarla de presentes y enviarla a Francia. ¿Puede Ud. ayudarme?

Como estas declaraciones no se hacen muy a menudo, e incluso son insólitas, pues querer comprar una fragata para llevar a Europa regalos es una cosa muy extraña, me preguntaba interiormente quién sería este moderno Creso y, no obstante, le contesté:

—Señor López, creo que tengo un plano que puede darle una ilustración

real de sus acomodaciones y capacidad de carga. Le ruego me permita ir a buscarlo a mi camarote.

Lo traje. Era un plano horizontal y a cuarenta y cinco grados, mostrando una fragata cortada de proa a popa, verdaderamente más artístico que técnico, que mostraba todo su compartimentaje y detalles. Lo extendí sobre la mesa y conociendo que tales buques no se prestaban para carga, pues, como buques de guerra, eran pura planta propulsora, santabárbaras, departamento de bombas de profundidad, pañoles y acomodaciones para la tripulación. Empecé a describirlo con lujo de detalles para convencerlo, honestamente, que no convenía para los propósitos del señor López.

—Muchas gracias, capitán— me dijo éste— le encuentro toda la razón y verdaderamente es una lástima, porque de haber adquirido una fragata como éstas, al haber terminado su misión para la cual la quería, ya no me interesaría en nada y la habría regalado a la Marina de Chile.

Lo miré, como asimismo al comodoro Bassi, doblé mi plano y luego de despedirme cortésmente, me retiré alicaído y apesadumbrado, dispuesto a esperar que nuestra visita se retirara del buque para aclarar con el comodoro cuánto había

ocurrido y qué significaba en el fondo tan insólito pedido.

En cuanto el señor López abandonó el "Araucano", irrumpí en la cabina del jefe de la división y le disparé la pregunta que me estaba atragantando:

—Comodoro, por favor, dígame ¿quién era ese señor y qué es lo que pasó?

El comandante Bassi me explicó que tal persona era el multimillonario chileno señor López Pérez, con intereses en Francia, Estados Unidos, Brasil, Argentina y otros países y con la suficiente capacidad económica para encapricharse con tal idea.

De adentro me salió una expresión quizás poco reverente:

—¿Y por qué Ud. no me tiró una "patada" por debajo de la mesa para haberme frenado un poco...?

—¿Qué quiere? ¡Si yo no sabía para qué diablos venía a bordo nuestro amigo López...!

El Instituto del Tórax, terminado de construir hace poco, al lado del Instituto de Neurocirugía, del Hospital del Salvador, en Santiago, donado por el señor López Pérez a su muerte, es una prueba del cariño de ese chileno por su tierra. Ahí está, vale la pena conocerlo.